



Sobre el intenso cielo azul de Cayo Largo, el mangle se recortaba en negro, a contraluz, y su forma reseca, estereotipada, no hacía pensar en absoluto en un árbol, sino más bien en un insecto infernal. Josée suspiró y volvió a cerrar los ojos. Los árboles de verdad estaban lejos en aquel momento, en especial el álamo de otros tiempos, aquel álamo aislado, en la parte inferior de un campo, cerca de la casa. Tumbada debajo, con los pies apoyados en el tronco, observaba los centenares de hojitas agitadas por el viento, que doblaban juntas y muy alto la copa del árbol, siempre a punto de levantar el vuelo, o eso parecía, de lo fino que era. ¿Qué edad tendría Josée entonces? ¿Catorce o quince años? Otras veces se recostaba contra él, con la cabeza entre las manos y la boca pegada a la rugosa corteza, y se susurraba promesas, respirando su propio aliento con aquel desconcierto de la adolescencia, aquel terror al futuro y aquella certeza. Entonces no se imaginaba que podría dejar

atrás aquel álamo ni que, al volver, diez años después, se lo encontraría cortado a ras y vería la cicatriz beis del hacha en el tocón seco para siempre.

—¿En qué piensas?

—En un árbol.

—¿Qué árbol?

—No lo conoces —dijo ella, y se echó a reír.

—No, claro.

Sin abrir los ojos, percibió en su interior aquella tensión que siempre le provocaba cierto tono de la voz de Alan.

—Era un álamo, yo tenía ocho años.

Mientras lo decía, se preguntó por qué se rejuvenecía en el recuerdo. Tal vez porque al alejarse así en el tiempo tenía la impresión de que Alan atenuaría hasta cierto punto sus celos. No, si tenía ocho años, no podía preguntarle: «¿A quién amabas?».

Se hizo un silencio, pero él estaba alerta, lo sentía cavilar a su lado; el letargo de hacía unos instantes había dejado paso a una atención crispada. Joséé notaba la tela de la tumbona en la espalda y la gota de sudor de la nuca que no acababa de caer.

—¿Por qué te casaste conmigo? —preguntó él.

—Porque te quería.

—¿Y ahora?

—Te sigo queriendo.

—¿Por qué?

Así empezaba. Aquellas tres frases eran como los tres golpes iniciales del teatro. Una especie de convención que acababan acatando tácitamente antes de que Alan empezara a atormentarse.

—Alan —gimió ella—, ahora no.

—¿Por qué me quisiste?

—Te consideraba un americano muy tranquilo, ya te lo he dicho cien veces, y me parecías guapo.

—¿Y ahora?

—Te considero un americano nada tranquilo y me sigues pareciendo guapo.

—El americano cargado de complejos, ¿no? Mi madre, demasiados dólares...

—Sí, sí, me casé con una idea; ¿es lo que quieres que diga?

—Quiero que me quieras.

—Te quiero.

—No.